

vedra) dedica numerosas páginas precisamente a esta vinculación, además de haber escrito el breve primer capítulo sobre el santuario del Titicaca. También la Introducción es de pluma ajena (Carlos Lessa) y abunda en datos históricos, y la autora intercala asimismo una narración sobre el santuario boliviano («Cien por uno») extraída de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. El total es un librito de lectura amena e informativa.

Agustín Seguí

Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades, Harold Bloom, varios traductores, Editorial Anagrama, Barcelona, 2003, 694 pp.

El amor por la literatura tiene estas cosas, se desborda por donde uno menos lo espera, en apasionada cadencia, en un temblor que a duras penas logra controlar el rigor de la reflexión. A lo largo de la vida uno va leyendo como quien respira, descubriendo cómo el asombro va trenzando nudos y más nudos que conforman el tapiz de nuestra emoción. Los libros son el envés de un existir que se pregunta, que indaga, que sueña, que anhela en el más allá de la imaginación, donde habita el prodigio de la maravilla. Su lectura nos exige una responsabilidad, una

correspondencia que interprete debidamente los signos que cifran el misterio del vigor creativo. Tiene razón Steiner, leer es un acto de amor. Sólo así se puede llegar a entender su verdadera dimensión, el protagonismo que ha tenido y tiene en la vida de tantos hombres y mujeres.

Para Harold Bloom (Nueva York, 1930), uno de los grandes gurús de la crítica literaria actual, este libro supone la culminación de una larga pasión. Es antología y autorretrato, fe de vida y puesta al día de su rebatido pero ya clásico *El canon occidental* (1994), pero también de *Cómo leer y por qué* (2000) o de *El futuro de la imaginación* (2002) –todos ellos publicados en Anagrama–, a los que sin duda completa. La perspectiva parece distinta –desde la literatura infantil–, pero sólo lo parece. Bloom está empeñado en que, niños o no, leamos y releamos unos textos que son el cimiento de nuestra cultura, de nuestra imaginación, de nuestros sueños, de nuestra educación. Sólo si dejaran de leerse vendría lo peor: la degradación de la inteligencia, la analfabeta y estúpida barbarie de la que no es mal avance mucho de lo que vemos en televisión.

Relatos y poemas para niños... es, en definitiva, una selección de textos que sirve de atinada iniciación e incitación a la lectura. ¿Demasiado centrado en la literatura anglosajona del siglo XIX? Tal

vez, pero eso ni le quita ni le pone. El conjunto comunica un gozo que es en gran parte autobiografía del antólogo. Bloom nos contagia de su

pasión lectora. No es otro su propósito. ¿Qué más le podemos pedir?

Guillermo Urbizu



Los libros en Europa

Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la Corte del último Austria, Jaime Contreras, *Temas de Hoy*, Madrid 2003, 357 pp.

«Este libro no desea presentarse en público con ínfulas innovadoras», especifica su autor. Jaime Contreras, catedrático de Historia Moderna, sabe bien que la ciencia histórica, como todo conocimiento, procede por acumulación selectiva, y, por eso, lo que describe o narra descansa sobre un enorme caudal de fuentes, muchas ya conocidas. Básicamente, se asienta sobre elaboraciones anteriores muy sólidas, como son los estudios de Maura y Kamen –los que sigue de cerca por considerar que se trata de aportaciones imprescindibles–, pero también tiene en cuenta la larga serie de estudios que más recientemente se han hecho sobre su personaje. Tampoco olvida recoger las críticas de unos autores y otros, buscando incidir en el espacio de la controversia.

Con este riguroso trabajo, el profesor Contreras ha buscado comprender la persona y el entorno de Carlos II en su función soberana, y la incidencia, en sus reinos y señoríos, de sus decisiones y de sus inhibiciones. Este esfuerzo de comprensión, asegura que no le ha producido ningún síndrome de Estocolmo, como a menudo ocurre a los

biógrafos respecto de las personas que biografían. «No hay aquí –dice Contreras–, en el relato presente, ni fobias ni filias; ni hacia el Rey, ni para los personajes más cercanos a él. Solamente comprensión del entramado de relaciones que unos y otros mantuvieron».

El estudio se centra, en primer lugar, en las figuras de Felipe IV y de su esposa Mariana de Austria, padres del biografiado y personajes fundamentales para entender al propio Carlos II. Lugar importante también ocupan, el «bastardo» don Juan José –el medio hermano del protagonista–, la nobleza levantisca y mezquina, los confesores –como controladores de las conciencias regias– y otros agentes de las distintas facciones en lucha por el poder. Felipe IV ya anciano, preparándose a bien morir, analiza su conciencia: pecados de omisión, sobre todo ese abandono del deber regio, esa voluntad liviana que le ha impedido siempre reflexionar objetivamente sobre los múltiples problemas de su monarquía, la desconfianza íntima de sí mismo que le empujaba a sentirse fascinado por los hombres de verbo fácil y de ingenio agudo... Y su testamento va a leerse muy pronto: la Reina sería la gobernadora y tutora hasta que el Rey cumpliera los catorce años, y sus poderes habrían de ser plenos. Doña Mariana gober-

naría con el consejo de una Junta de Gobierno cuyos miembros lo serían en tanto que representantes de las más altas instancias del Estado.

Contreras cuenta cómo las personas que asistieron a la lectura del testamento del Rey recién fallecido no pudieron sentir sino inquietud por el futuro. Porque los que habían sido elegidos como miembros de la Junta no conocían bien ni sus funciones ni el talante político de la Regente; los otros, los excluidos, sintieron dañada su estima y entendieron que ésta no podía calmarse sino tras la satisfacción de sus ambiciones.

Los hombres elegidos por el monarca difunto deberían trabajar bajo la autoridad de la Reina, doña Mariana, una mujer hasta el momento recluida en el gineceo de palacio, sin contacto con el exterior y cuya función política principal había sido engendrar y parir príncipes herederos. Doña Mariana, apenas sabía del mundo exterior, y de los hombres políticos que habían trabajado con su esposo, sólo conocía algunos detalles que, sin duda, se los proporcionó su confesor, el padre Everardo Nithard. La Regente sólo entendía de las prerrogativas de su alta condición. Había sido la esposa de un Rey; era madre de un príncipe, pronto Rey, que debería mantener enhiesta su dinastía. De costumbres, formas y leyes de los reinos hispánicos nada entendía ni le interesaba. Perteneecía, por voluntad de Dios, a la Casa de Austria, y esto sólo bastaba para su estricto entender.

De don Carlos, el heredero, el autor destaca su carácter melancólico y abúlico, su amodorramiento, sus temores y sustos con que le maleducaron, la confusión de las voces contrarias que oscurecieron su discernimiento, la piedad voluptuosa y sensiblera, siempre inoperante, que hacía multiplicar su desconfianza y aumentar su inseguridad. Por ello sucedía que, con mucha frecuencia, Su Majestad adoptaba actitudes tercas y agresivas a las que seguía, luego, un desfallecimiento prolongado del ánimo. «La conciencia del rey Carlos –concluye–, eran tan débil y sensible como exigente y dura».

Esta manera de ser es la que facilita que su hermanastro, gran manipulador de los sentimientos ajenos, le llegue a dominar en su totalidad. «La personalidad abúlica del Rey –puntualiza Contreras–, habría de quedar anonadada por el impetuoso carácter de su hermano. Pocas personas llegaron a concentrar en sí tanto poder como el que consiguió tener don Juan». Efectivamente, desde el día en que don Juan José encabezó la conjura de la nobleza y decidió, con el aplauso de las gentes más humildes, desafiar la legalidad de la Regente y de la Junta, impuso un férreo control de don Carlos.

El «bastardo» es presentado como un personaje terco y vanidoso que, preso de sus orígenes, practicó la demagogia más descarada mediante la destreza que demostró como manipulador de multitudes.